

Pepa
Guindilla

© Del texto: **Ana Campoy**
© De las ilustraciones: **Eugenia Ábalos**
© De esta edición: **Nórdica Libros, S. L.**
Avda. de la Aviación, 24, bajo P
28054 Madrid
Tif: (+34) 917 055 057
info@nordicalibros.com

Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-18451-56-0
IBIC: YF
Depósito Legal: M-5447-2021
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gracel Asociados
Alcobendas (Madrid)



Corrección ortotipográfica: **Victoria Parra** y **Ana Patrón**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

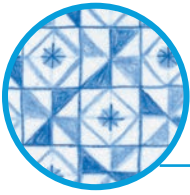
Ana Campoy • Eugenia Ábalos

Pepa Guindilla



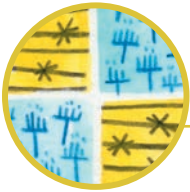
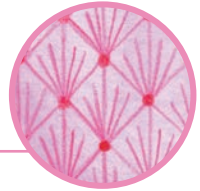


Índice



El grave asunto
de la gravedad 13

31 Duelo de
mirillas



Vida de
adultas 53

75 Un héroe
en la familia



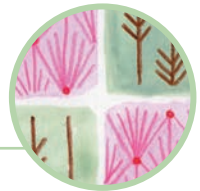
Tigres
y panteras 97

119 Estrellas
del rock



La venganza es un
gazpacho que se sirve frío 145

173 El Plan
Pegamento



Para M.^a Ángeles y Raquel,
colegas de recreos,
allá donde estén.

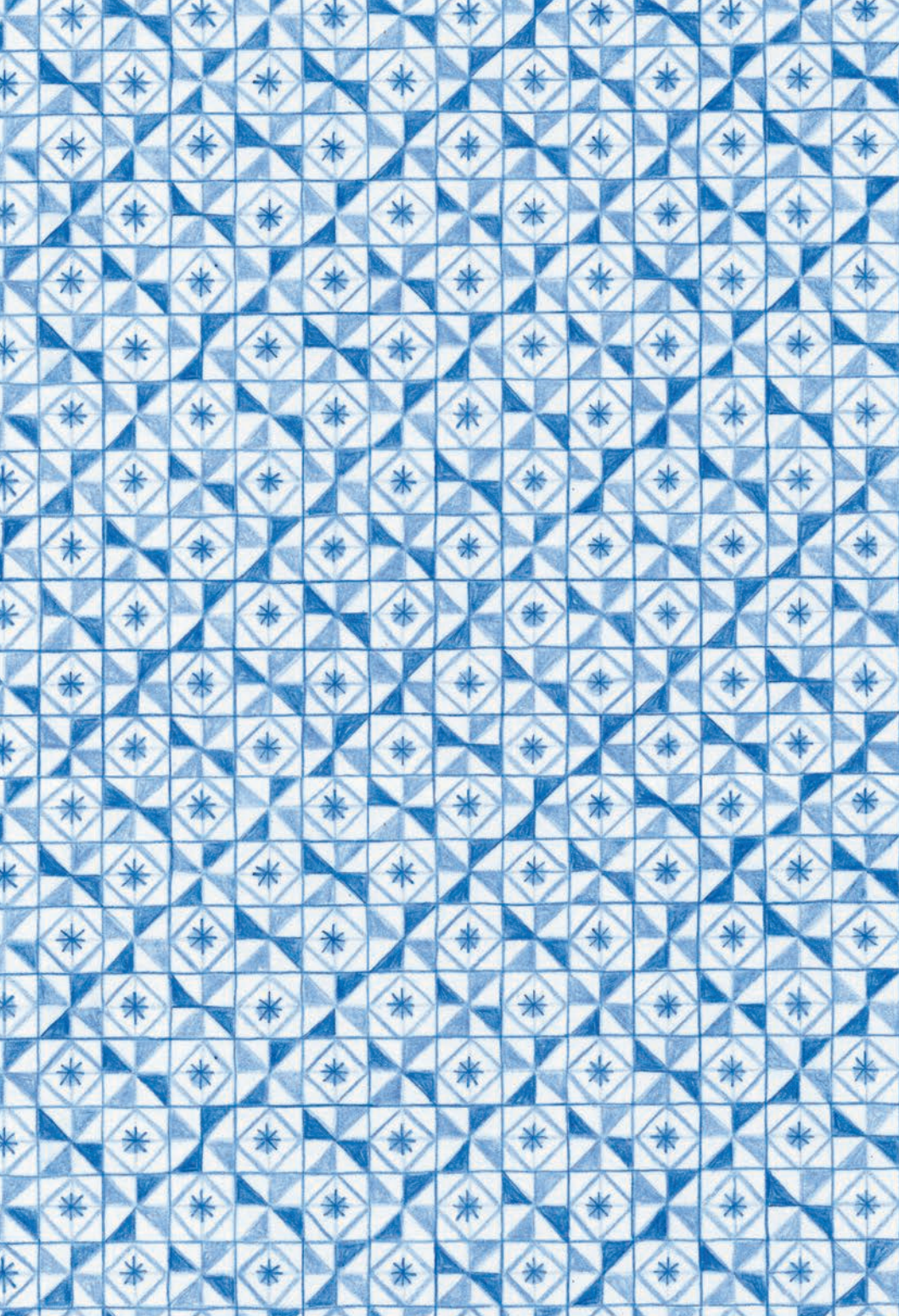
Ana Campoy

Para Diego, por su apoyo inagotable.
Y para toda mi familia, de aquí y de allá.

Eugenia Ábalos



Capítulo
1





El grave asunto de la gravedad

Todo fue por culpa de un escupitajo. Mi hermana Sophie y yo, listas para el ataque, sin saber que minutos después pondrían precio a nuestras cabezas.

No hay nada más divertido que tirar un escupitajo por el hueco de la escalera. ¿Lo habéis probado? Lo lanzas y esperas unos segundos hasta que hace *chof* al estrellarse. Incluso puedes contar lo que tarda en hacerlo. Y hacer dibujos de constelaciones desde arriba dependiendo de donde caiga.

Pensándolo bien, creo que ese fue el inicio de todo. Después las cosas pasaron muy rápido. Como en las películas. Aunque me estoy adelantando al contarlo. Siempre me voy por las ramas. Lo mejor es que empiece por el principio...

Me llamo Pepa Guindilla y mi familia es un disparate. No es porque nos vaya mal (qué va, en absoluto), sino porque pertenezco a una familia extragrande como el chorizo extra de Cantimpalos (que es el más grande que conozco). La lista de mis familiares es tan larga como estirar un chicle. Y lo tengo comprobado: cada vez que le explico a alguien cómo es mi casa, necesita unos cuantos días para enterarse de quién es quién, con quién está emparejado o de dónde narices ha salido.

Empezamos por mi hermana: se llama Sophie y tiene los dientes perfectos, aunque una vez Gary la encontró metida en el baño mordiendo un estropajo de aluminio. Todo porque es una «culo veo, culo quiero» y mataría por un aparato para los dientes como el mío. A veces le dan ese tipo de locuras que luego se le pasan.

Pero... no nos adelantemos. Estaba explicando cómo es mi familia. De hecho, creo que lo mejor es enseñárosla para que os enteréis al instante.

Como veis, tengo un padre, una madre y dos hermanos más pequeños. Son mellizos. Y el motivo de que sean tan rubios es que tienen un padre inglés, Gary, que vino desde Inglaterra en avión y se casó

después con mi madre en una finca en el campo. Yo soy la del centro. Pepa, la pelirroja. Pero mi padre no es Gary, ni es inglés. Es de Córdoba. Mi madre dice que mi pelo es así porque en el pueblo de mi padre hay una gran reserva de pelirrojos. Pero yo no he ido a ese pueblo nunca y si la reserva existe no me la han enseñado.



Los veranos me voy de vacaciones unos días con mi madre y otros con mi padre (el señor que veis a la izquierda). El resto de mis amigos con padres re-arre-juntados también se organizan así. Prácticamente la mitad de mi clase se reparte entre julio y agosto para contentar a todo el mundo. Abuelos incluidos. Todos menos mis hermanos, claro, que como ya viven con su padre y con su madre el resto del año, no tienen necesidad de irse a ninguna parte. Gary no tiene más mellizos, ni más hijos. Y menos mal, porque si no, yo no sé dónde íbamos a entrar tanta gente.

Ahora mismo en casa vivimos ellos cuatro, yo, Señor Bigotes y la abuela Marilyn, que a veces viene de Inglaterra en barco porque dice que el avión le da miedo.

Lo bueno de ser tantos es que siempre hay cosas que contar. Sobre todo cuando hay mucha gente que entra y sale. Lo malo, compartir el baño. Para que os hagáis una idea: el baño de la casa de mi madre es enano. Minúsculo, si lo comparamos con los de las otras casas. Tiene un váter, un minilavabo y una bañera en la que cabe media persona tumbada y una entera si se pone de pie. No entiendo quién tuvo la estúpida idea de hacer una bañera tan pequeña.

Sería fácil llenarla solo con escupitajos. Así que imaginad cuando alguien quiere ir al servicio. Como somos familia numerosa, y solo cabe uno dentro, da igual la hora del día que sea: siempre te toca hacer cola. Gary dice que así practicamos la paciencia, pero yo creo que lo único que practicamos es cómo aguantar las ganas de hacer pis.

En casa de papá, en cambio, no hay ese problema. Hay dos baños bastante amplios aunque solo utilizamos uno para los dos. Papá dice que el otro no lo necesitamos y lo usa para regar las plantas en la bañera y para acumular trastos.

Eso, de momento. Hace pocos días que mi padre se mudó al piso de los dos baños. Lo hizo porque en su antigua casa hubo una plaga de cucarachas. Y papá dijo que no iba a pagar ese dineral para compartirlo con todos esos inquilinos asquerosos sin que ninguno le ayudara con el alquiler. Así que se mudó y ahora estamos más cerca de la calle de mamá.

A mí el nuevo bloque me gusta. Hay un vecino gruñón que vive en el bajo, aunque como pone la tele a toda pastilla nunca oímos lo que dice. También hay algunas familias de diferentes tamaños. Y un piso misterioso del que nunca entra ni sale nadie. Lo sé

porque no hay nombre en el buzón y los cristales están tan sucios que es imposible que nadie vea nada desde dentro. Y si se asomara, se le llenaría la cara de roña. Y sería un asco.

Vivir entre dos casas es algo que está muy bien. Es como ser rico y tener una residencia de invierno y otra de verano. Solo que mis dos residencias se encuentran en la misma ciudad y casi en el mismo barrio. Paso en cada una de ellas varios días a la semana. Es ideal para cambiar de aires.

Y llegamos al tema del escupitajo. Aquella tarde mamá había ido a buscarme a casa de papá. Así que Sophie y yo nos entretuvimos mientras ellos dos miraban no sé qué historia de bancos. Como mamá se dedica a hacer la declaración de la renta de la gente, también se la hace a papá, y cada vez que toca se tiran horas mirando papeles. Mamá empieza a sacar hojas de su carpeta amarilla y los sofás se cubren de números. No hay nada más aburrido que oírlos hablar de cifras que nadie, ni siquiera papá, entiende.

Veíamos que la cosa iba para largo, por eso, Sophie y yo salimos al descansillo y nos pusimos a mirar por el hueco de la escalera hacia abajo. Como vivimos en el tercero, los azulejos de la planta baja

se veían bastante mal, aunque era fácil imaginar dibujos con ellos.

—¿No tienes aquí nada para jugar? —me dijo mi hermana, aburrida de mirar hacia abajo.

—No.

—¿Y tus juguetes?

—Están metidos en cajas. En el baño.

Todavía no me había dado tiempo a sacarlos tras la mudanza al piso nuevo. Paso allí tres o cuatro días a la semana. No es tanto si pensamos que tengo que ir al colegio, hacer los deberes y charlar un rato con papá. No me quedaba mucho tiempo libre para ponerme a colocar los juegos. Aunque, si soy sincera, la verdad es que me daba pereza. de hecho, muchas cosas de la casa estaban aún metidas en cajas. Así que, como no teníamos otra cosa a mano que tirar, ni siquiera huesos de aceituna (a papá le dan alergia), no se me ocurrió otra cosa mejor que echar un escupitajo.

—¡Hala! ¿Por qué haces eso? —exclamó Sophie, francamente impresionada.

En el colegio nos habían explicado el tema de la gravedad. Se trata de una fuerza extraña que atrae los objetos hacia la tierra, como un imán. Nos mantiene

a todos pegados contra el planeta. Tiene el mismo efecto que si nos untaran los pies con Superglue. Llevaba unos días pensando en ello. Y a mi cabeza llegó la única respuesta posible para aquella idea tan genial:

—No sé. Porque mola.

Era la verdad. Ver cómo caen las cosas es megadivertido. Puedes contar los segundos que tardan en llegar hasta abajo. Sophie se echó a reír y probó también a hacer puntería con los azulejos del descansillo. Su técnica no era tan buena como la mía, pero con un poco de práctica podría haber resultados. El



problema de lanzar escupitajos es que, a veces, no tienes suficiente saliva y lo de abajo se seca enseguida. Por eso es mejor hacerlo en invierno que en verano.

Pronto me aburrí del experimento. De tanto escupir se me había quedado la boca seca. Le pregunté a Sophie si quería volver dentro. Pero ella estaba tan emocionada que negó con la cabeza en mitad de otro lanzamiento. Decidí dejarla practicar y entré en casa a beber agua. Allí, mamá y papá seguían debatiendo desgravaciones, intereses y no sé qué de un fondo de pensiones. Me di cuenta de que había pasado casi una hora y que la montaña de papeles había crecido muchísimo. No debía de quedar ninguna hoja dentro de la carpeta amarilla de mamá. Algo bueno, sin duda. Cuantos menos papeles quedan, antes llega la hora de irse.

Debieron transcurrir unos tres minutos antes de que Sophie entrara por la puerta. Mi hermana llegó y cerró con un portazo. Llevaba la misma cara que si hubiera visto un zombi medio podrido. En sus ojos se adivinaba el pánico.

—¿Qué ha pasado?

Sophie apretó los labios y se acercó a mí, muy dramática.

—¡Pepa, lo siento! ¡Te juro que he intentado sorberlo!

—¿Sorber el qué?

Mi hermana me apretó el brazo. Su cara pedía auxilio. O piedad. O alguna cosa que evitara el desastre. Yo presentía que el mal ya estaba hecho. Algo grave debía de haber pasado. Pero no tuve tiempo de preguntarle. Al otro lado de la puerta, alguien empezó a llamar al timbre con mucha insistencia.

Mamá y papá se miraron extrañados. Aquellas maneras no eran muy corteses. Así que papá dejó sobre el sofá la hoja que estaba mirando y fue a ver quién era.

Resultó que mi hermana la había liado buena. Es lo que pasa cuando acabas de descubrir un juego, que quieres probarlo y ver hasta dónde llegan sus posibilidades. Sophie pronto entendió que los proyectiles podían ser más grandes. Solo tenía que recargar un poco más los mofletes antes de hacer el siguiente lanzamiento. Como la cosa funcionaba y cada vez era más divertida, probó a llenar la boca todo lo que pudo: un superlanzamiento espectacular con puntuación doble. Sin embargo, con lo que no contaba era con la llegada a tierra.

Ya os he contado que el vecino del bajo no hace otra cosa que ver la tele. Parece que ver a gente chillándose sea su único entretenimiento. En cambio, hay veces que sale al descansillo a cotillear la publicidad que dejan en los buzones. Esta es la teoría de papá. Yo creo que, como su casa es tan pequeña y huele a rancio, simplemente se pasea a ver qué hay de novedad por el bloque. Y aquella tarde había notado nuestra presencia a modo de gotas extrañas que caían por el hueco de la escalera. La curiosidad le llevó a asomarse justo cuando mi hermana hizo su superlanzamiento. Y como las casualidades tienen muy mala leche, Sophie no pudo evitar que la bola de saliva cayera y le acertara en toda la narizota. ¡Zas! Un pleno. Algo asombroso para alguien tan novato. La verdad es que era para estar orgullosa.

El vecino, sin embargo, no lo vio así. Empezó a gritar que teníamos un problema, que éramos unas gamberras y que no quería vecinos



vándalos en el bloque. Que toda la gente de allí era decente.

Yo no entiendo qué tiene que ver todo eso con que te salga mal un experimento. Sophie no lo había hecho aposta. Solo había tenido demasiada puntería. Total, la nariz estaba mojada, no rota. Entiendo que dé un poco de asco si la saliva no es la tuya, pero vamos, tampoco hay que exagerar.

Mi hermana y yo somos niñas responsables. Solo hay que ver lo bien que nos portamos cuando mi madre nos amenaza seriamente. Pero el vecino no era de esa opinión. Exigía una compensación por toda aquella temeridad. No sé. Lo mismo quería que mi padre le pagara una nariz nueva, igual que las de las señoras de su canal favorito.

Mi madre se giró y me miró inmediatamente. A mí sola. Me pareció injustísimo. La descuidada había sido Sophie, no yo. Ella era la que tenía que haber vigilado mejor dónde apuntaba. Pero mi madre no quería oír hablar de técnicas de tiro. Y daba igual lo que me hubiera atrevido a decirle: yo había sido la responsable. Fue una de esas ocasiones en las que exagera hasta los topes, que se tapa los ojos con la mano hasta que suelta su famosa frase llena de drama:



—Me vais a matar a disgustos.

Mi padre pidió mil disculpas y aseguró que el asunto no iba a quedar así, que nos darían un escarmiento. El vecino gritón nos miró satisfecho. Como cuando en las pelis el malo levanta la barbilla sabiendo que te ha vencido. Respiró muy fuerte, infló el pecho como una paloma y dio media vuelta para marcharse.

—Los padres de hoy en día...—murmuró antes de desaparecer.

Yo creo que a mis padres no les hizo mucha gracia aquel comentario, pero supongo que prefirieron no discutir más. Bastante enfadados estaban ya con nosotras. Mientras nos leían la cartilla me puse a pensar en el dichoso vecino. A partir de entonces quedaría bautizado como Odioso Chivato. Me habría gustado verle de pequeño, jugando con sus amigos. Hubiera apostado a que él también lanzaba escupitajos. Solo que seguro que ya no se acordaba o, si lo hacía, jamás lo habría reconocido ante alguien como yo. Pero mamá no parecía tener muchas ganas de hablar del vecino ni de su infancia. Puso los brazos en jarra, me señaló con el dedo y chilló con todas sus fuerzas hasta pasarse una burrada de decibelios.

—¡Estás castigada! ¡Y tú también!

Al ver el dedo caer también sobre ella, Sophie empezó a sollozar como un gatito. Yo, en cambio, me mantuve firme. Si las dos nos desmoronábamos no habría modo de recuperar la dignidad. Mi padre me arreó la mochila, muy enfadado conmigo. A mí me habría gustado explicarle que no lo habíamos hecho mal aposta, que todo había sido por culpa de la gravedad. Pero me di cuenta de que era inútil y que lo mejor era bajar cuanto antes al coche. Aunque aún tuvimos que esperar a que mamá hiciera una parada técnica para ir al baño.

—Así me lo dejo hecho. Que luego en casa me toca esperar.

Sentadas en el asiento de atrás, mamá nos miraba muy seria por el retrovisor. Yo procuraba evitar sus ojos asesinos que nos lanzaban flechas de odio y fuego desde el espejo. Para conseguirlo, lo mejor era mirar por la ventana. Concentrarse en los arbolitos. Aunque enseguida me cansé del paisaje. Giré la cara y observé a Sophie, que hacía rato que se le había pasado el berrinche. También ella intentaba apartar la mirada de mamá.

Seguimos así hasta que llegamos a casa. Mamá nos hizo desfilar en fila india, directas a nuestra

habitación. Caminamos en silencio. El destino era cruel y se cebaba con nosotras. Y yo notaba la culpa cayendo sobre mí.

Mi madre no solía castigar a mi hermana. Ella no es de las que meten la pata. Tal vez aquel malentendido había afectado a Sophie y lo mismo hasta se había enfadado conmigo. Hacía mucho rato que no decía una palabra.

Empecé a sentirme francamente mal. Fatal. Hasta se me habrían saltado las lágrimas si no fuera porque cuando llegamos a la esquina del cuarto oí a Sophie murmurar:

—Eh... Ha sido genial. ¿Lo probamos en el balcón mañana?

